

Estos políticos capitalinos no se conformaban ya con la determinación del susodicho Congreso, cuya autoridad pretendían desconocer, ya que día por día crecía en Bogotá la opinión descentralista; en medio de la confusión creciente, la confederación de los Estados se convirtió en problema de imposible solución por la falta de entendimiento mutuo.

En el resto del país el centralismo preconizado por Cundinamarca encontró la más fuerte y casi unánime resistencia; foco de la reacción fue Cartagena, primera ciudad que declaró su definitiva separación de España como Estado independiente el 11 de noviembre de 1811. Otro centro de disensión lo constituyó Caracas empeñada en declararse capital de una Confederación propia con siete pretendidos Estados; y Popayán, siguiendo el ejemplo de Cartagena, se preparaba activamente para defender el rico valle del Cauca oprimido desde Quito por los españoles.

Estas mutaciones internas sucedíanse en momentos en que el gobierno de la Corona afrontaba delicados conflictos internacionales, empeñados como estaban los Estados inglés, francés, portugués, y español en confusas luchas mutuas. A pesar de la embarazosa posición de la patria europea, el viejo poder colonial resistía todavía tenaz y perseverante la insurgencia de sus súbditos que sería el principio de su caída en América, y comenzó a castigar ciega y rigurosamente a las prominentes cabezas de los incipientes Estados criollos; en sentir de Caldas, se trataba de una sangrienta retaliación por la destitución de los virreyes y el establecimiento de gobiernos populares.

Jamás pensaron las fuerzas leales españolas encontrar tan seria resistencia y sufrir graves descalabros desde la iniciación de las hostilidades bélicas. El jefe español Miguel Tacón que intentó invadir el valle del Cauca, fue batido por los patriotas en la heroica jornada de Palacé, donde cayó Miguel Cabal como jefe de un grupo de caballería; Caldas dedicó en sus memorias una honrosa necrología a este valeroso guerrero.

Las batallas siguientes en que se distinguió como jefe de las fuerzas patrióticas José María Cabal, sobrino del héroe de Palacé, y amigo de Caldas, no tuvieron tampoco éxito para las fuerzas españolas, principalmente por falta de conocimiento del terreno; sin embargo su superioridad numérica constituía a la larga, seria amenaza para los patriotas.

El espíritu observador de Caldas comprendió la gravedad del momento para su causa y presentía la proximidad de sangrientas luchas; Lozano compartía los temores de Caldas y ambos se preocuparon por el desamparo de sus compatriotas, pero se encontraban impotentes para conjurar la crisis y evitar el desastre; era indispensable proceder a la paciente formación de tropas, así fueran mercenarias, y adquirir armas y municiones.

También en esta oportunidad pondría sus conocimientos al servicio de la causa de la libertad, puso a disposición del comando del ejército sus cartas geográficas, proyectó planes defensivos y elaboró itinerarios topográficos. Olvidando los resentimientos políticos internos intercedió ante Nariño, venido al poder como Presidente de Cundinamarca, por la deposición de Lozano, para interesarlo en la rápida organización de un cuerpo de ingenieros dedicados a trabajos de topografía.

Nariño accedió a la solicitud de Caldas, lo designó capitán de ese cuerpo, y nombró como asesores al teniente José María Gutiérrez y al alférez Luciano de Elhuyar. La extensión territorial y la falta de vías de comunicación imponía como primordial tarea concretarse al restablecimiento de los planos viales e itinerarios; después debía atenderse con especialidad a la comunicación del altiplano con la región del Orinoco, aprovechando el río Meta; ya Humboldt había llamado la atención sobre la importancia de esta conexión, para cuya realización emprendió José Cortés Madarriaga, a mediados de 1811, un viaje desde Bogotá que culminó con éxito en Caracas.

Mas no todo era desesperanza para Caldas: con satisfacción recibió a principios de 1812 la anhelada imprenta, y haciendo un paréntesis a sus faenas de patriota pensó en la publicación de sus primeras tablas astronómicas pero ante las grandes dificultades de orden técnico que se presentaron, resolvió emprender más espirituales proyectos.

Se preocupó vivamente por el porvenir de José María Cabal, su talentoso colega en quien veía una autoridad científica. Este había publicado durante su ocupación en el laboratorio Vaquellín, en compañía de Eduardo Chevreul, algunos tratados que interesaban muchísimo a Caldas.

Cabal comprendía la importancia enorme de la química para el progreso de su patria, y era su deseo implantar el estudio de esta ciencia a nivel popular para aplicarla a proyectos prácticos.

Ambos consideraban que la utilidad de esta ciencia se equiparaba a la geografía, la botánica, la zoología y otras ramas afines; y ambos eran optimistas, ante el peligro de la guerra, entre el caos político reinante; y a pesar de la absoluta penuria del erario público, Caldas y Cabal confiaban en un porvenir propicio a sus ideales.

CAPITULO VII

SERVICIO MILITAR Y MUERTE

El movimiento separatista y las tendencias federativas en los territorios nórdicos de Suramérica habían logrado debilitar la unidad colonial de España; si bien la Corona mantenía en apariencia cierta autoridad, las diversas provincias preparaban enérgica e incesantemente la resistencia al régimen monárquico tratando de organizar sus propios gobiernos.

La diversidad de criterios políticos surgidos en el interior, a más de hacer imposible la necesaria cohesión, había ocasionado ya duras luchas intestinas adelantadas con igual apasionamiento tanto en la republicana Caracas como en la realista Quito.

En la capital neogranadina las caóticas circunstancias hacían imposibles las labores del convocado Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada; algunos de sus miembros, vacilantes entre afrontar la situación o disolver la corporación, optaron por trasladarse a sesionar en la ciudad de Tunja, en donde en acaloradísimo debate se aprobó una moción declarando contraria a la esencia de la unión la dictadura implantada en Bogotá.

Estas teóricas amonestaciones del congreso no alteraron las determinaciones de Nariño quien, como Presidente de Cundinamarca, consideró llegado el momento de actuar, y bajo diversos pretextos entrenó un ejército con la intención de marchar al norte y atacar a Tunja, donde el impotente congreso había fijado su sede de emergencia.

Para el mejor éxito de la acción armada se tomaron toda clase de preparativos técnicos y militares; las exigencias castrenses enrolaron, sin su querer, a Caldas en las filas de Nariño como jefe del Cuerpo de Ingenieros; se organizaron varias expediciones que marcharon en la misma dirección; formaba la

vanguardia, conforme a la táctica ideada por Nariño, el batallón de zapadores al mando de Antonio Baraya y Caldas como ingeniero militar (27).

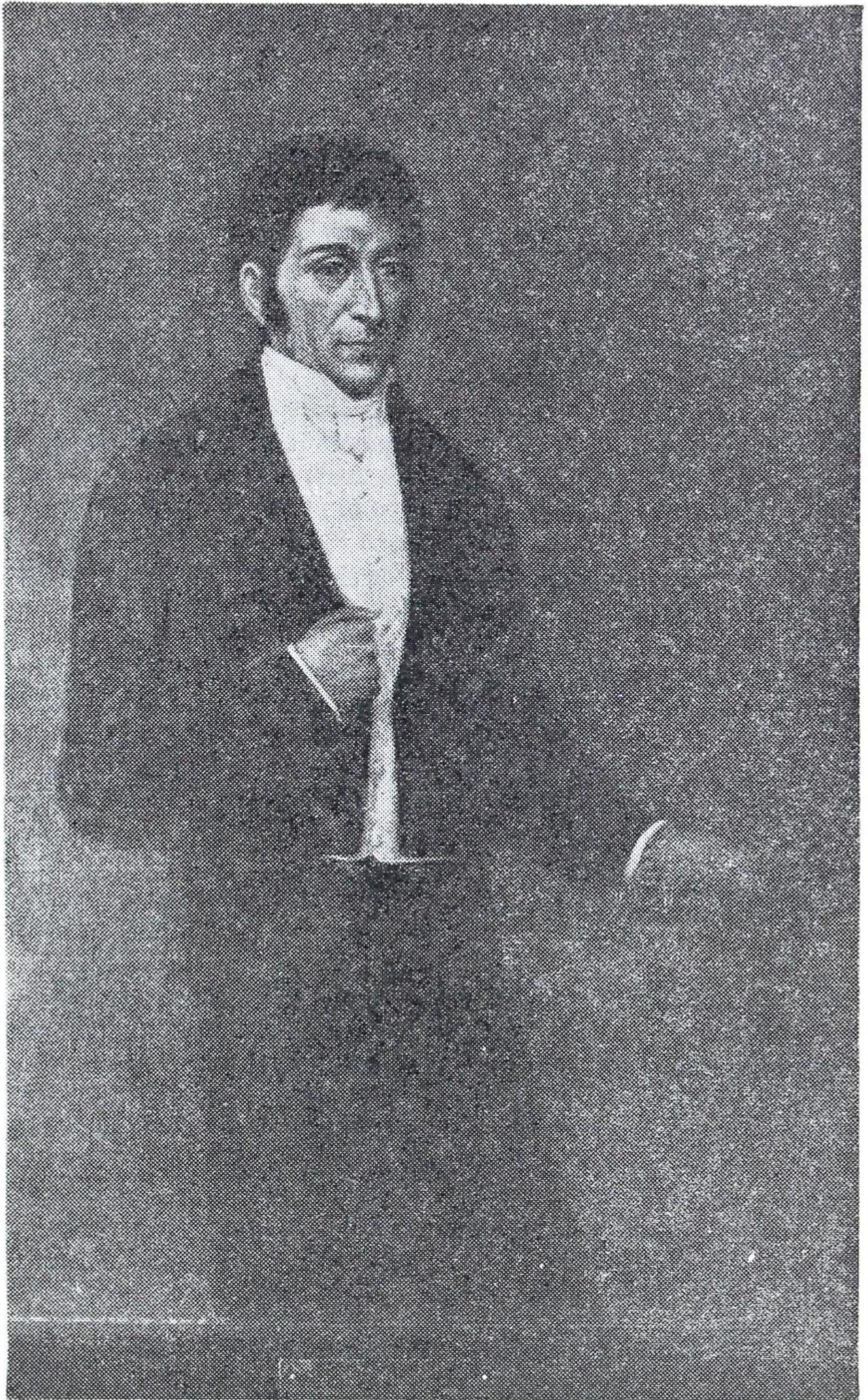
Esta determinación de Nariño de someter a Tunja y reducir a la impotencia el congreso, lejos de conjurar el peligro futuro, hacía inminente la guerra civil, una revolución fratricida que sería cruenta, trágica y sin ideal definido.

El sino científico de Caldas le colocaba al lado de su adversario político; el Cuerpo de Ingenieros constituido para trabajar contra los verdaderos enemigos de la patria, se convertía en instrumento que un caudillo utilizaba contra los propios conciudadanos.

Igual destino corrieron otros hombres de ciencia, víctimas ocasionales de los azares partidistas; con ellos partió Caldas, amargado el corazón, hacia un incierto porvenir, sin tiempo para arreglar sus asuntos domésticos, pues Nariño dispuso entrar en acción de inmediato, y ordenó avanzar a marchas forzadas pretendiendo tomar la ciudad por asalto.

Con nostalgia llegó Caldas a Tunja el 15 de marzo de 1812 preocupado por la suerte de su esposa y su pequeño hijo Liborito que tanto amaba; cavilaba en la pérdida de sus herbarios, sus libros y el Observatorio, la obsesión de su vida; ¡todo quedaba atrás abandonado! Hombre meticuloso, le asaltaron inquietudes hasta por sus personales obligaciones; a pesar de las fatigas, sacó tiempo para escribirle a su amigo Benedicto Domínguez: "He olvidado solicitar de tí un servicio; adeudo a Dávila unos cien pesos y le di mi palabra de encargarte del pago. Te suplico aceptar esta molestia, para lo cual te hipoteco mi imprenta".

Las regiones por Caldas recorridas en esta nueva misión militar le eran desconocidas, y constituyeron lenitivo a su temperamento contemplativo que ahora experimentaba angustias y temores; comprendió que el estudio de esa nueva geografía pudiera ser de utilidad general; conocía teóricamente el norte de Bogotá por la descripción del **Diccionario histórico-geográfico** de Antonio de Alcedo, que había consultado en la biblioteca de Mutis, y ahora comprobaba personalmente algunas inexactitudes topográficas consignadas en la aludida obra. Sin descuidar las obligaciones castrenses, sacaba tiempo para consignar sus observaciones en cartas de viaje con la idea de publicarlas posteriormente en el nuevo periódico que pensaba editar, pues aspiraba a utilizar la imprenta llegada pocos años antes de Estados Unidos.



Oleo: Francisco José de Caldas. (Museo del 20 de Julio - Bogotá).

El naturalista, uniformado ahora de militar, con el sable al cinto y el barómetro en la mano, medía en la ruta todo lugar importante, determinaba la altura sobre el nivel del mar y la distancia del Observatorio como punto de referencia; estas observaciones constituyen el contenido de su primera carta fechada en Tunja el 28 de marzo de 1812.

“Nuestro camino —escribía— es increíblemente malo y ha sido construido sin nociones técnicas; probablemente es todavía el mismo de que se sirvieron los conquistadores de los Chibchas en la época de la barbarie. Nuestros sátrapas modernos se han preocupado poco por el mejoramiento de las vías de comunicación, o por el beneficio del comercio; solo nos han tenido en la rusticidad y en la esclavitud. Primeramente se pasa por la altiplanicie que sin duda fue en otro tiempo el lecho de un lago; Suba, Tibitó y todas las alturas inmediatas debieron ser islas en que habitaran los hombres o las aves acuáticas. Luego conduce la vía al través de la histórica región en que los soberanos vecinos de esas comarcas —el de Tunja y el de Bogotá— libraron batallas decisivas. Los Andes en Tunja son bajos como en Bogotá; no es exacto que sobre la montaña de Albarracín haya nieve perpetua. La altura de Chingasa, afamada por Humboldt, está cubierta de plantas hasta su cima. La vegetación en nuestra ruta ha sido hasta aquí la misma de Bogotá; comprende todo cuanto Mutis encontró antes para su flora. La sequedad me impidió coleccionar, Mi carta próxima contendrá el resultado definitivo de mis observaciones astronómicas. Actualmente me ocupo de fijar la latitud de Tunja, lo que hasta ahora no se había hecho, no obstante que por aquí estuvieron Cabrier y Toledo”.

Caldas poseía gran sentido del humor, y aprovechaba bien las oportunidades para escribir en estilo jocoso, en una de estas cartas dijo: “Hoy principio una segunda carta de viaje que sería digna de apreciable y honesto período del poeta bucólico Mena y autor de la tragicomedia “Brudamonte”; sería, pues, muy familiar. Aunque vivimos en una época muy borrascosa, adversa e intranquila, prosperan no obstante, entre nosotros los escritos y los escritores. Antes se llegaba a las conclusiones por sucesión lógica de argumentos, se discutía sobre la cuestión de si Adán no habría pecado; se bromeaba, se comían tortas y dulces, se daban serenatas que no comprometían el corazón. Hoy se ha perdido tan inocente diversión y en cambio tenemos guerra, odio, persecución, calumnia, tráfico político. Vosotros, Serios Lacede-

monios, no olvideis nunca la lealtad, el amor, la fe, ni las virtudes de aquellos héroes que deben vivir en nuestros corazones”.

Era optimista sobre el futuro tranquilo del país, y creía que tan pronto pasara esta acción podría regresar a sus anteriores actividades, y desde Tunja proyectaba sus planes; en otra carta acariciaba la idea de fundar un taller de encuadernación como complemento a la imprenta, y expresaba el deseo de editar pronto una nueva publicación tan necesaria para “despertar la luz” en esta época de tinieblas sectarias; terminaba refiriéndose al gran terremoto que en poco tiempo causó muchos miles de víctimas, con daños considerables en Mérida y Caracas.

Con motivo del destierro de su amigo Manuel Pombo y otras persecuciones políticas, criticaba indignado el proceder de su jefe Nariño en carta del 28 de abril: “Trabajo —escribía— en una nueva y extensa memoria de viaje que tratará de la descripción de Tunja, y de algo sobre literatura, pero nada en cuanto al Congreso, aunque este constituye la última ancla en nuestra tempestad. ¿Pero qué ocurre a Manuel Pombo? ¿Este hombre honorable sale desterrado del país con seis hijos y su virtuosa esposa? ¿Qué sucede a José María Castillo? ¿Dentro de tres días debe marchar al exilio? Procedimientos y sentencias contra esos hombres meritísimos son la obra de Nariño. ¿Cuánto le preocupa la libertad! Es más atrevido que un Albán, más que Mendinueta y Amar juntos. ¿Vivimos bajo una Constitución que consagra la honra y la propiedad para los ciudadanos? ¿Quién sabe qué aflicción espera a los demás!

A pesar de esta crisis, yo arreglo mis observaciones; hago cálculos y cuentas aunque la marejada política me obligue a decir que no corresponden a la geografía ni a la astronomía.

Que haga este presidente lo que quiera, pero que no ligue mi suerte a sus decretos y proscripciones; abandóneme a mí mismo y a mi conciencia para que yo pueda cumplir pacíficamente mis deberes como cristiano, y como vecino de Cundinamarca, como esposo y como padre y —lo que es más sublime para mí— como cosmógrafo.

Vivid tranquilo, no tomeis partido, dejad rodar la bola hasta que realmente la causa de la libertad reclame nuestros servicios”.

Nariño consolidaba su dictadura apoyado principalmente en el pueblo y el clero de la ciudad, pero con la resistencia de una selecta minoría a la que pertenecía Caldas, quien, no obstante,

terminó por adherir al enérgico régimen cuando hubo concluido sus memorias de viaje y su cosmografía.

A pesar de la prestancia del caudillo la reacción no tardó en presentarse, tanto en la oposición como en sus propios secuaces; una división de su ejército a órdenes de Antonio Baraya se sublevó declarándose en favor del congreso legítimamente constituido, y que ahora, desalojado de Tunja, perseguido por Nariño se había refugiado en Sogamoso; la defección ocurrió el 26 de mayo de 1812.

Caldas, quien no de buen grado pero impelido por las circunstancias y para tener tranquilidad en la prosecución de sus trabajos había adherido al dictador, fue uno de los jefes intelectuales de esa sedición militar.

La desmoralización reinante y la poca cohesión ideológica de las diversas tendencias aspirantes a gobernar, tornaban caótica la situación con perjuicio de las relaciones y disciplina entre las huestes empeñadas en estéril guerra civil; aún la deserción de Baraya parecía cosa inofensiva, y hasta el mismo Caldas, de suyo meticoloso y recto, no lo apreció como alta traición, sino como un mero desistimiento político. Su tranquilidad de conciencia patriótica se advierte en la carta enviada a su amigo de Bogotá desde Sogamoso informándole sobre sus observaciones naturalistas, escrito donde someramente le comenta la contienda civil en su lenguaje humorístico:

“La soberanía es efímera como el amor y la dicha —le comentaba—, como el arte y la ciencia; esta ciudad, poderosa en otro tiempo, hoy solo tiene lodo en las calles, pobreza y miseria en los habitantes.

¿Por qué guardais silencio, y por qué no me escribís una vez siquiera sobre asunto tan importante como lo es mi imprenta del Sol?

Trabajad, pues, para que de ese establecimiento, que ya me han embargado mis conciudadanos, salga algo bueno, como por ejemplo *Las mil y una noches*, *El lazarillo*, *Los doce pares de Francia*, u otros escritos dignos de la época pastoril”.

Así se expresaba el confiado Caldas sin intuir que la crisis se estaba preparando irremediablemente.

Nariño, que —por fuerza de la realidad— había decretado un cese de hostilidades, toma las armas por segunda vez, convoca su Estado Mayor y decide enviar un batallón a órdenes de José Miguel Pey con la consigna de someter al desertor Baraya (28).

Tan terminante voz de mando hacía inevitable el derramamiento de sangre entre hermanos. Baraya, advertido de la proximidad de Pey, adopta una estrategia defensiva, se retira hacia el norte con el propósito de hacer avanzar y fatigar a las tropas de Nariño para batirlas victoriosamente en las inmediaciones de el Socorro; Pey derrotado opta por retirarse, pero aprovecha el momento para tomarse a Tunja. Con este parcial éxito se coloca frente a las fuerzas de Baraya en condiciones de obtener un armisticio generoso que parecía abrir el camino al entendimiento, firmado por ambos jefes en Santa Rosa el 30 de julio de 1812.

Nariño aceptó la determinación de su subalterno, y en desarrollo de ese pacto se acordaron varios tratados tendientes a asegurar la tranquilidad; desgraciadamente las disensiones regionales y la general anarquía hicieron nugatorio este esfuerzo pacífico; y la primera lucha civil rompió en Cundinamarca definitivamente las relaciones existentes.

Estos acontecimientos preocupaban ya seriamente a Caldas quien, tratando de reinvidicarse ante sus amigos explica su proceder a Domínguez en los siguientes términos:

“En el campamento de Baraya, a quien se enfrentó Pey, leí con dolor los reproches que me dirigió por haber abrazado yo la causa de la Nueva Granada.

Firme en mis convicciones, detestaré siempre al tirano de Cundinamarca y procederé siempre como hombre libre. La ternura con que amo a mi esposa, a mis hijos, a Bogotá y a los amigos, no puede variar ni mis opiniones ni mis actos. Bien puede vuestro dictador herir a mi familia con aflicciones y hacer embargar tres o cuatro muebles viejos adquiridos en torturas literarias y no por el despojo de los diezmos; bien pueden robarme mis instrumentos que debo a la generosidad de Pombo; bien puede tratárseme a mí también como traidor a la Patria.

Nada me arredará. He jurado ser libre y morir libre. El odio personal se ha levantado contra todos mis bienes; a instigaciones de un hombre miserable se me ha quitado la imprenta; yo se esto, y solo me duele que vosotros no tengais tiempo de suplir la pequeña suma de aquel anticipo para su traída.

Por lo demás, le fingiré estar tan satisfecho como sea posible. No se me atendió y se afirmó que yo debía dinero al fisco. Dirigí a la primera autoridad una representación, otra a Baraya y una tercera al gobernador de aquí, ahora me dirijo también al Congreso”.

Después de redactar estas sentidas frases agregaba: “Creo que vosotros como leales nariñenses, habeis resuelto no volver a escribirme y no hacerme dar una prueba siquiera de mi imprenta, pues hasta hoy no habría sabido nada de sus producciones, si por casualidad no hubiera visto los documentos correspondientes al manifiesto del tirano, procedentes de mi imprenta del Sol. ¡Qué desgracia!

¿Habeis abandonado mi familia porque soy un soldado de la libertad? ¿Mi tío —ese esclavo— ha detractado nuevamente mi casa? En una palabra: si el anhelo hacia una verdadera representación nacional, si el amor a la unión y el odio al centralismo me hacen indigno de vuestra amistad, decídmelo tan francamente como yo os hablo. Estoy en Tunja y podeis dirigiros aquí a vuestro leal amigo, Caldas”.

Los acontecimientos que luego se precipitaron revelaron la lejana esperanza que había para consolidar la paz en el territorio: Nariño, forzado por la oposición, abdicó la dictadura el 19 de agosto de 1812, pero a los pocos días, el 2 de septiembre, fue restablecido en su poder omnímodo por una junta de notables de Bogotá como conductor irremplazable. Se decidió en la capital repeler con las armas las exigencias del Congreso, y Nariño obligado por sus consejeros envió a fines de noviembre al comandante José Leyva contra Tunja. Caldas, fiel ahora a la autoridad del Congreso, no había permanecido inactivo; las fortificaciones por él construídas en torno al campamento de las tropas leales al Congreso, lo hacían inexpugnable, o por lo menos facilitaban la resistencia y se preveían encarnizados combates.

Efectivamente, el 2 de diciembre se libró un sangriento encuentro dando como resultado la derrota del ejército de Nariño; alentadas con esta victoria las tropas congresistas persiguieron a los diezmados batallones de Leyva hasta los arrabales de Bogotá, que intentaron tomar a sangre y fuego. La inesperada y enérgica resistencia de la ciudad asediada obligó al comando militar de los sitiadores a deliberar sobre el posible éxito del asalto a viva fuerza.

Caldas, en quien Nariño, pese a la defección, reconocía patriotismo y capacidad técnica, había recibido insinuaciones del caudillo en el sentido de interponer sus buenos servicios a fin de evitar mayores males; como jefe del cuerpo de ingenieros —y no por razones distintas— aducía motivos técnicos para oponerse al ataque. Su mente atormentada por los horrores de la guerra civil sufría ante la suerte de su patria y su familia; adivinaba los sufrimientos de su esposa y su hijo en la ciudad sitiada; sabía que desde la plataforma del observatorio convertida en atalaya, su discípulo Domínguez y compañeros seguían atentos con el telescopio las maniobras de los asaltantes, y todo esto le contristaba el ánimo.

Funesto resultó a las tropas leales, mermarle importancia a las advertencias de Caldas y confiar más en la desmoralización ciudadana; en la madrugada del 9 de enero de 1813 se aventuraron al asalto, pero las milicias de Nariño rechazaron vigorosamente el ataque, quebrantaron el hostigamiento y quebrantaron en tal forma su moral que optaron por disolverse definitivamente; con esta victoria de Nariño la causa del congreso sufrió grave descalabro.

Entre los desertores figuraba Caldas, no tanto por temor a las represalias del caudillo, que en esta oportunidad procedió con benignidad, sino por repugnarle a su temperamento idealista esa guerra fratricida; y para ponerse al margen de la revolución resolvió expatriarse de Cundinamarca, foco del antiunionismo, y huyó con algunos compañeros hacia su ciudad natal, por la vía de Ibagué y Cartago. Nunca antes había pensado que le tocaría realizar como prófugo político aquel tan anhelado viaje por el Quindío, tantas veces propuesto por él al virrey en tiempos de bonanza, para efectos de investigación científica.

Desde Cartago, angustiado por la precaria situación de su familia, amargado por la confiscación de sus pocos bienes, le escribió el 5 de mayo de 1813 a su amigo y confidente Domínguez la siguiente carta reveladora de la nobleza de su alma (29):

“Ahora he reconocido con la mayor claridad que todo es viento, humo, vanidad, excepto dos cosas: servir a Dios —el Altísimo— y conservar la paz, don del cielo. Tristes desengaños me han abierto los ojos; los golpes de la desgracia me han enseñado más que mis cuarenta años de vida. Me siento feliz de que, por mi educación, no desconozca las elocuentes y enérgicas ense-

ñanzas de que la Providencia me ha deparado en los últimos meses, tan aflictivos y deplorables. Nunca hubiera creído que el congreso tratara con semejante indiferencia y con tal aspereza a un hombre que, como yo, se ha sacrificado completamente. El congreso me ha olvidado, no ha contestado mi memorial ni ha dado, por el dinero que me adeuda, un mendrugo de pan a mi familia; no me han recomendado al gobierno de Popayán para una colocación y ha dispuesto de mi propiedad sin que yo pudiera replicar una palabra. Pero ahora, no soy ya ingeniero de Cundinamarca ni tampoco empleado del congreso: soy simplemente Francisco Caldas. Este correo lleva allá mi renuncia. Con cuatro líneas he recuperado libertad, matemáticas y tranquilidad. Desde que Baraya tuvo la osadía de atacar arbitrariamente a Bogotá, contra el consejo de los mejores oficiales congresistas, no podré ya vivir en ese caro suelo. ¡Estoy tan manchado de sangre inocente, de víctimas sacrificadas por la obstinación y por la imprudencia! Bendito sea Dios que mi voto fue por la paz; yo no soy responsable de la vida de ningún hombre que haya sido asesinado el 9 de enero pasado.

El observatorio astronómico está perdido para mí y perdida está también mi misión científica. Estando a la disposición de un asesino de ciudadanos, enemigo irreconciliable de Bogotá y Cundinamarca, debo buscar un asilo en Antioquia, a donde marché el 9. Benedicto: yo deseo que el Observatorio vaya a tus manos para que así se salven de la ruina los instrumentos. Presta tú este servicio a la posteridad; conságrate seriamente a la ciencia de Képler, de Copérnico y de Newton; prosigue lo que yo he comenzado en beneficio de la navegación, del comercio y de la geografía. ¡Sostén noblemente en pie con esfuerzos asiduos, la honra de ese establecimiento, que vale más para la gloria de la patria que los ejércitos, los penachos y los galones, que las narraciones necias, fatuas, baladís y pueriles!”.

En Cartago se informa Caldas sobre la acción de las armas españolas en el Sur, donde las tropas de Juan Sámano, antiguo capitán de la guardia urbana de Bogotá, habían ocupado Popayán desde el 1º de mayo y ejercían estricto control en el tráfico con esa ciudad; contrariado por este insuceso, elige un nuevo refugio, piensa que la distante Medellín no sería por el momento objetivo militar de las tropas realistas; salió de Cartago el 9 de mayo de 1813 aventurándose en una odisea por selvas intransitables y desconocidas a pie y con muy poca compañía; buscó los

senderos indígenas que conducían a las minas de San Juan de Marmato, atravesó la región de Supía; extenuado y sucio llegó a la capital del Estado de Antioquia que para sorpresa suya continuaba fiel al congreso.

El patriotismo era la característica de ese laborioso pueblo de la montaña; allí el distinguido ciudadano Juan del Corral, antiguo amigo de Caldas, se había levantado en armas contra el dictador de Cundinamarca para preservar la unidad y energía de su territorio. Colaboraban estrechamente con del Corral, José Manuel Restrepo y Francisco Antonio Ulloa, también amigos de Caldas; la presencia de estas personalidades a la cabeza del gobierno provincial eran garantía de estabilidad, y se confiaba serenamente en el futuro de paz. Halagadoras noticias llegaron entonces a Antioquia, cuya topografía, en concepto de Caldas, la colocaba a salvo de cualquier riesgo manifiesto; se supo de los primeros éxitos del movimiento emancipador que había logrado barrer las tropas españolas de la región del río Magdalena con excepción de Santa Marta al norte, y las provincias de Ocaña, Pamplona y Cúcuta al oriente.

Estos brillantes triunfos militares se debían a un hombre hasta entonces desconocido en la historia de su patria venezolana, como cualquier campesino; quien en forma tan destacada había entrado al escenario de la independencia de la Nueva Granada, era el mayor Simón Bolívar, distinguido caraqueño que aún no contaba 30 años de vida.

Años más tarde Bolívar permaneció en Inglaterra cumpliendo una misión diplomática secreta de su patria, deseosa de obtener ayuda británica para su movimiento emancipador; el joven diplomático no tuvo éxito en Londres, y regresó a Caracas, donde intentó organizar una resistencia militar contra la Corona; al fracasar en este primer intento, se une a Francisco Miranda, otro líder de la libertad; gestiona suministro de armas para apoyar la recientemente constituida Confederación de Venezuela, y sale del país; en compañía de parientes y amigos se embarca en la Guaira el 27 de agosto de 1812, llega a Curazao y pasa a Cartagena; su propósito es hacer causa común con los rebeldes colombianos, y así se inicia su fulgurante carrera militar.

Caldas en su refugio antioqueño recibe las primeras noticias sobre los propósitos y ejecutorias del nuevo conductor venezolano y al mismo tiempo se enteraba de la muerte de José Ignacio Pombo, su íntimo amigo y colaborador.

El abatimiento causado por la pérdida de su magnífico y magnánimo compañero mitigose un tanto al leer la primera proclama firmada por el mayor Bolívar; impresa en hojas volantes el 15 de diciembre de 1812, había sido profusamente distribuída en la Nueva Granada; se trataba de un llamamiento general para movilizarse en armas, explicando en convincentes expresiones el audaz plan que se proponía desarrollar para lograr una libertad integral de la Nueva Granada y Venezuela, en causa común con base en los primeros éxitos obtenidos en la región del Magdalena.

Calurosa acogida recibió esta apelación al pueblo del intrépido joven militar que se revelaba como patriota y estratega a la vez; el primer gesto de aceptación lo dio el presidente de la Nueva Granada otorgándole el derecho de ciudadanía a Simón Bolívar, en quien el país confió en adelante sus esperanzas de libertad, que ahora parecían más próximas por la inactividad que mostraba el virrey Benito Pérez, prudentemente retirado a Panamá.

Antioquia fue de las primeras provincias en atender la proclama de Bolívar; su seguridad territorial parecía suficientemente asegurada en cuanto al frente del río Magdalena, donde la presencia de Bolívar y sus tropas impedirían cualquier agresión enemiga: en cambio, por el Sur amagaban mayores peligros pues Sámano dominaba gran parte del valle del Cauca. Corral ideó un bien estudiado plan defensivo, e inclusive pensó en la movilización de los esclavos como soldados rasos libres; por otra parte, precisaba atender a la fortificación de los pasos montañosos que conducían hacia el Sur. Sin pérdida de tiempo solicitó el concurso técnico de Caldas, le nombró ingeniero militar con el grado de coronel, y como ayudante designó al capitán Liborio Mejía; su principal misión castrense sería construir las fortificaciones y defensas de aquellos pasos más débiles en las montañas del Sur, para evitar cualquier posible intento de invasión por las huestes españolas acantonadas en el Cauca.

Caldas se entregó por entero a su tarea técnica; ideó un sistema de fortines a lo largo de la escarpada cordillera para resguardar los pasos de "Bufú", "La Cana" y "Arquíá"; emplazó en el primero once piezas de artillería y dotó a los otros de refugios para guarniciones considerables; en esta forma hizo de la provincia de Antioquia por el frente Sur, una fortaleza casi inexpugnable.

Como trabajo previo a este plan defensivo levantó una carta militar-geográfica de la región, aunando así el deber con sus intereses científicos; desde esas soledades selváticas mantenía correspondencia con sus viejos amigos de Bogotá; en una de esas cartas les escribía el 28 de octubre de 1813.

“El paso del Bufú, donde se pueden tener coloquios con los tigres y otras fieras, recibí vuestra carta y quiero contestarla aquí en Rionegro, después de haber recorrido la selva palmo a palmo. Me llamais ermitaño pero vivo rodeado de mil bellezas y entretenimientos que habrían ofrecido materia inagotable para conferencias científicas si éstas no tuvieran que callar en tiempo de guerra”.

Tras muchas diligencias obtuvo Caldas el traslado de su familia de Bogotá a Medellín; ya en el hogar disfrutó de mayor tranquilidad para aplicar los conocimientos científicos en favor de la defensa nacional; y con su común entusiasmo y constancia puso sus experiencias mecánicas en el montaje de una fábrica de salitre y un molino de carbón y azufre para fabricar pólvora, que principiaron a funcionar el 7 de febrero de 1815, constituyendo apreciable aporte al arsenal del ejército, carente de tan importante elemento, pues completó esa producción con fabricación de fusiles e incluso fundición de cañones. Otra actividad suya en favor de la economía bélica fue la instalación de una maquinaria para acuñar monedas.

Todos estos trabajos tenían para él, un superior significado científico, y así escribió a sus parientes payaneses: “En Rionegro he trabajado durante dos meses entre el carbón y el hollín para vencer las dificultades de mi nuevo problema, en tanto que interrogaba a la naturaleza y conquistaba pacientemente para mí sus secretos mediante observaciones y ensayos”.

Una de las mejores realizaciones de Caldas durante su permanencia en Medellín la constituyó la organización de la Escuela de Ingeniería, para doce cadetes que principió a funcionar el 12 de octubre de 1814.

En su discurso inaugural asombró al auditorio hablando con encendido verbo sobre los diversos aspectos de la noble causa de la libertad con gran dominio de los temas: era el naturalista nato disertando sobre servicio militar e ingeniería; el geógrafo divagando sobre el arte de la guerra; el astrónomo encaminando la virtud del soldado, el honor del oficial y la fama militar; era,

en suma el patriota exponiendo en brillante estilo adobado de eruditas citas, pleno de seguridad moral, los pensamientos del científico; citamos algunos apartes de su oración:

“...He aquí jóvenes, lo que teneis que cursar. Yo por mi parte os instruiré lo mejor que me sea posible, en seis materias. En primer lugar está la fortificación empleada en las plazas defendidas y en el campo abierto; allí aprenderéis las ideas de Vauban, Coeharn, Deville y Turpin; cómo un destacamento puede rechazar una gran masa; cómo la prudencia suple la falta de soldados, armas y municiones; y cómo, en fin, la resistencia presta fuerza tal que nuestra provincia puede oponerse a las amenazantes invasiones de los europeos. La artillería constituye nuestro segundo tratado. Estudiaréis la batería y el proyectil; la estructura y el manejo de aquella, la trayectoria y el efecto de éste. Viene luego la hidráulica, que comprende todo lo que debe ejecutarse por medio de la fuerza del agua con esclusas y bombas, pues así tenemos que aprovechar nuestro importantísimo instituto militar. El cuarto curso está dedicado a la geografía militar. Aprenderéis diseños y dibujos, os acostumbraréis a las perspectivas a vuelo de pájaro, y a conocer los planos topográficos y los rasgos característicos de las comarcas. La quinta sección la constituye la táctica según las ideas de Montecuculi y de su digno comentador. Finalmente, viene la arquitectura civil que levanta templos al Ser Supremo, palacios a las autoridades, habitaciones al ciudadano, y puentes, caminos y calzadas al comercio”.

Así se empeñaba Caldas por entero en la ayuda de sus compatriotas antioqueños, integrado de un conglomerado laborioso y progresista, no obstante el aislamiento y falta de elementos para la defensa, pero un pueblo optimista a pesar de haber perdido recientemente a Corral.

Continuaba Caldas dedicado con entusiástico celo a sus nuevos deberes docentes sin descuidar los intereses naturalistas que recibieron gran estímulo, al encontrarse, cuando menos lo esperaba, con Juan Céspedes; era éste natural de Tuluá, amigo de infancia de Caldas, educado en Bogotá y dedicado después a la enseñanza en Popayán, donde trabaron leal amistad. El tuluense se desempeñó como profesor de latín; luego el destino separó sus caminos; Caldas tuvo que viajar a Quito requerido por asuntos judiciales familiares, y Céspedes abrazó la carrera sacerdotal, fue cura de Caloto, donde atraído por la exuberante naturaleza se dedicó a la botánica.

Ahora se unían nuevamente sus sinos, Céspedes había actuado como capellán del ejército de Nariño en el valle del Cauca en su lucha contra los españoles, hasta que fue destrozado para asombro y fatalidad de la Nueva Granada; fugitivo, como antes lo fue también Caldas, buscó igualmente refugio en las montañas y se dirigió a Antioquia donde fue elegido diputado al congreso.

Así el destino unió otra vez a esas almas gemelas; de día trabajaban para la gran causa y por las noches, apartados del tumulto militar, departían sobre temas botánicos y comunes ideales.

A los primeros triunfos de los españoles no tardaron los insucesos para el ejército realista ante los preparativos y el coraje de los nuevos soldados de la república: coincidieron estos de las armas nativas con los primeros partes de victoria de la expedición comandada por Bolívar; su arrolladora jornada iniciada el 15 de mayo de 1813, terminó el 3 de agosto con la entrada triunfal a Caracas, donde fue aclamado como libertador de la Nueva Granada.

Los brillantes informes enviados por Bolívar al congreso de Tunja, vigorizaron el sentimiento de la resistencia, e infundieron fe en el justo triunfo de la causa. Caldas compartía idéntico optimismo y abrigaba grandes esperanzas en la efectividad de su sistema defensivo contra el valle del Cauca, cuando súbitamente llegaron del Oriente noticias muy adversas.

Los infortunios bélicos del momento no desalentaron el espíritu del inquieto caraqueño, quien repite de nuevo la hazaña de intrépido fugitivo que dos años antes había realizado y desembarca solitario el 25 de septiembre de 1814 otra vez en Cartagena.

Entre tanto el general Rafael Urdaneta había cumplido fielmente las instrucciones del Libertador: reorganizó en Venezuela los restos del enantes victorioso ejército y los condujo por tierra hasta Pamplona al encuentro de Bolívar; amargos días vivió allí el Libertador con sus fieles soldados que derrotados, pero no desmoralizados, le permanecían leales no obstante presentarse la causa de los patriotas sombría y peligrosa por todas partes.

Pero la lealtad de los pueblos estaba asegurada y el enemigo encontraba por doquiera la resistencia pasiva de irreconciliables

masas, cada vez más poderosas, tanto en la costa como en los Llanos Orientales y en el valle del Cauca.

Caldas alarmado por este revés de la fortuna militar expuso sus temores sobre la posibilidad de que la táctica enemiga, eludiendo las fortificaciones por él levantadas en el frente Sur, asediase a Antioquia flanqueando la cordillera Oriental a la derecha o izquierda de los pasos defendidos, y afianzar así peligrosamente su poderío en el interior.

En tan apremiantes circunstancias se imponía ante todo poner fin a las disenciones internas y a la contienda civil, aún a precio de los más grandes sacrificios y mutuas concesiones. Bolívar y Urdaneta llegaron con sus aguerridas tropas a Tunja donde fueron saludados no solo como vencedores sino como libertadores.

El congreso, reducido hasta entonces a la impotencia, estudió el momento político y consideró como primer paso indicado para consolidar la unión, someter por las armas —en rápida acción— la ciudad capital, donde a la sazón gobernaba Manuel Álvarez, y Leyva comandaba las milicias obsecadas en resistir.

Bolívar compartió la determinación del congreso y en breve carga a la bayoneta ocupó a Bogotá el 10 de diciembre de 1814; pero vio opacada esta necesaria acción por las depredaciones que sus poco disciplinadas tropas cometieron en la ciudad sin respetar ni la Casa Botánica, cuyos tesoros debieron haberse protegido solícitamente; el Observatorio astronómico fue utilizado por unos y otros como baluarte; Francisco de Urquinaona y Miguel Tovar emplazaron en su torreón piezas de artillería para defender la ciudad.

Como resultado de la sangrienta toma de la capital, Bolívar fue aclamado capitán general de las Provincias Unidas de la Nueva Granada el 15 de diciembre del mismo año de 1814.

Muy turbulento se inició en Bogotá el año de 1815; con la entrada de las altas potestades de la Unión, aparentemente se resignó la oposición, pero quedó hirviendo el rencor en el pecho de cada santaferño.

El congreso, no obstante, consideró indispensable proseguir de inmediato la ofensiva contra el enemigo extranjero, y decidió

sacrificar toda otra consideración a la defensa de la patria. Su capitán general se puso en marchas forzadas hacia la costa y el 24 de enero decidió arrebatárles a los españoles la ciudad de Santa Marta para privarlos así de este importante puerto de apoyo y frustrar el inminente desembarque de refuerzos de ultramar.

El plan fracasó por la negativa del gobernador de Cartagena a suministrar armas y municiones al ejército de la Unión; las sospechas de invasión se confirmaron al saberse que el mariscal de campo, Pablo Morillo, se encontraba frente a las costas venezolanas con una poderosa escuadra.

Esta noticia alarmó a Bolívar quien tomó de nuevo una heroica determinación: creyó prudente abandonar transitoriamente el escenario de los acontecimientos en espera de ulteriores desarrollos y en busca de ayuda extraña. Fue así como el notable caudillo acompañado de varios oficiales expertos, se trasladó a Jamaica el 9 de mayo; su ayudante de campo Luciano Elhuyar pereció en un naufragio al regresar a su patria.

En Bogotá el presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada resolvió continuar los preparativos para una guerra que se preveía larga y cruenta; entre sus planes estaba el establecimiento en la capital en grande escala y lo más pronto posible, de una escuela militar para la formación de oficiales. El hombre indicado para ponerse a la cabeza de esta institución era el probado jefe del Cuerpo de Ingenieros, Caldas, quien aceptó el encargo y marchó inmediatamente con su familia de Medellín donde había tenido la tristeza de ver morir a su hijo.

Ya en la amada capital y a pesar de lo desfavorable de la época, trató el sabio de volver a ser útil a la ciencia; intentó restablecer la ya casi olvidada Casa Botánica y regresar a su querido Observatorio.

Con relativo éxito logró Caldas hacer ambiente propicio a sus ideas, y en efecto Crisanto Valenzuela, secretario de Estado encargado de los negocios extranjeros de Nueva Granada publicó el siguiente escrito el 25 de noviembre de 1815.

“El fascinante Atlas de Nueva Granada donde el benemérito Caldas pensaba ofrecer a la patria los preciosos frutos de sus trabajos geográficos y en el que los pintores de la Casa Botánica encontrarían ocasión de demostrar su habilidad, no está terminado todavía. Empero el gobierno de la Unión ha visto con satis-

facción las primeras páginas de la gran obra y por la importancia de esos estudios meritorios ha resuelto continuar el trabajo, por lo que ya se han decidido el coronel de ingenieros Caldas, y el ciudadano Sinforoso Mutis. Por eso desea el presidente que Caldas elabore inmediatamente una carta de la Nueva Granada, en escala reducida, que pueda servir en el menor tiempo posible para las operaciones militares. En tal virtud ha ordenado se exprese al citado Caldas la estimación en que se le tiene por el conocimiento de sus trabajos; como también que por medio de los gobiernos y periódicos oficiales vaya el llamamiento a todos los ilustrados y expertos del país para que participen las noticias geográficas y los mapas, impresos o manuscritos, que posean; dichos materiales serán despachados francos de porte por las oficinas de correos y devueltos en la misma manera en buen estado”.

Con sobrada razón exigía Caldas siempre y reiteradamente cartas militares como base para todo buen plan estratégico contra el enemigo, pero su demanda era ya tardía; por otra parte, progresaba muy lentamente la organización de la Escuela Militar de la capital, y en el Observatorio apenas se hacían esporádicas observaciones metereológicas.

Vino a complicar la situación una desagradable controversia suscitada con motivo de las colecciones botánicas, al acusar la familia de Mutis a Salvador Rizo, ausente por haber ingresado al ejército, de haber hecho perdedizos algunos manuscritos y sustraído \$ 3.000.00 de la caja de la Expedición Botánica.

Caldas, quien siempre había permanecido al margen de las relaciones privadas del antiguo y difunto profesor Mutis, no pudo hacer nada en defensa de su amigo; pero Rizo indignado por la patraña elevó un memorial a Leyva en el que supo justificarse, concluyendo en los siguientes términos: “¿Es este el agradecimiento por los servicios de casi treinta años, que facilitaron la tarea de Sinforoso Mutis, pues éste encontró mis trabajo por doquiera?”.

En verdad, durante el asalto a la ciudad por los soldados de Bolívar, no pudieron evitarse saqueos y depredaciones, pero Caldas logró poner a salvo el resto de las colecciones.

Los círculos allegados a la extinguida Expedición Botánica recibieron con agrado la noticia de que Zea proyectaba regresar al país y deseaba vivamente reintegrarse a la Casa Botánica; él,

como bonapartista había tenido que abandonar España con los franceses y se encontraba ya en Jamaica.

Esta grata nueva acrecentaba las esperanzas en la aparente vida tranquila de Bogotá; fue entonces cuando Caldas pensó seriamente emprender un viaje al exterior para 1820, en el anhelo de llenar muchos vacíos científicos mediante el trato con eruditos europeos, en especial con Humboldt, su antiguo compañero de exploraciones.

Pero la realidad y la época difícil no eran propicias para ensueños y quimeras, agravada la situación con la súbita invasión de Morillo. Este militar, gran estratega, desarrolló un bien meditado plan envolvente de penetración, que permitió a sus tropas avanzar sin dificultades por toda la región septentrional de Suramérica; el ímpetu del ataque parecía no dar tiempo para constituir una ordenada entidad militar, ni pensar en una sistemática planificación defensiva.

Sabía muy bien Morillo que la plaza de Cartagena constituía la llave de todo el país y contra sus murallas se dirigieron con gran energía los ataques de los españoles decididos al bloqueo por mar y tierra.

Una nueva política con sórdidas consignas contra las colonias imperaba en la Madre Patria; el rey Fernando VII, quien al regresar a España disolvió las Cortes y se negaba a jurar la Constitución por ellas expedida el 18 de marzo de 1812, tenía el firme propósito de reconquistar las colonias rebeldes. Fatídico fue también para los peninsulares este monarca quien desde su entrada a Madrid el 2 de mayo de 1814 desencadenó incesante persecución contra los representantes progresistas del pueblo; pero ante todo, debía extinguirse en las colonias, a sangre y fuego, el espíritu de rebelión. Tales eran las perentorias instrucciones reales que traía el jefe de aquella gran expedición, mariscal de campo Pablo Morillo, impropriamente denominado "el Pacificador", ya que su resolución era sojuzgar por la violencia el Norte de Suramérica.

La primera acometida de este sombrío militar fue contra Cartagena, ciudad que tras heroica resistencia cayó en manos del reaccionario conductor de tropas el 6 de diciembre de 1815; el asedio duró varias semanas y los valientes patriotas resistieron la arremetida utilizando los mismos fortines y murallas construídos un siglo antes por los españoles para defenderse de los piratas.

Durante este sitio zurcaron aguas costaneras trece navíos comandados por el corsario francés Louis Aury navegando bajo pabellón mexicano; las autoridades militares de la ciudad aprovecharon esta oportunidad para evacuar muchos habitantes, burlando la vigilancia de los sitiadores, por los pasos secretos, sacando partido de la topografía costeña que Morillo desconocía. El embarque de los fugitivos se verificó en las horas de la noche, y contribuyó a aliviar la situación de escasez de víveres de la población.

Entre los evacuados se encontraba la familia Pombo, pero la fatalidad hizo que tan pronto los trece navíos se pusieran en marcha, fueran interceptados por los barcos de Morillo; espantosa suerte corrieron los refugiados: la hermana mayor de Pombo murió de hambre sobre un banco de arena; dos hijos, Dámaso y Sebastián, se ahogaron; las prendas de vestir fueron robadas y solo escaparon don Lino y su hijo Fernando.

La caída de Cartagena constituyó fatal presagio de lo que estaba por venir; el país hondamente conmovido veía desvanecerse toda esperanza; sentimientos de duda y derrotismo embargaban los espíritus de aquel pueblo que tan gozoso por los primeros triunfos se había mostrado.

Con Cartagena en su poder, Morillo eliminaba el único obstáculo para la invasión, por ser el centro de resistencia bien organizado; el avance se inició de inmediato y sin tregua en dirección a los principales puntos de importancia militar; los soldados del "Pacificador", bien equipados, penetraban sin encontrar oposición, por todas partes. Una división se embarcó en el río Magdalena y ocupó rápidamente la región de Antioquia penetrando, como Caldas lo temía, por la parte no fortificada; otra avanzó sobre Cúcuta y en rápida batalla quebrantó la resistencia de los patriotas el 2 de febrero de 1816, cerca del páramo de Cachirí; también se produjeron penetraciones hacia el Sur en dirección al valle del Cauca, y por la consta, como objetivo Caracas.

Entre tanto el cuartel general de los patriotas se encontraba a la expectativa en Bogotá, hacia donde Morillo cautelosamente envió a principios de mayo sus emisarios con promesas de amnistía, mientras él con sus tropas se reponía de las fatigosas jornadas en las riberas antioqueñas del río Magdalena.

Pero el desconcierto había cundido hasta en los altos comandos, quienes sin esperar la llegada de los lugartenientes del "Pacificador" huyeron de Bogotá; Caldas huyó también con ellos a vehementes instancias de sus compañeros, temerosos fuesen víctimas propiciatorias del cruel jefe.

Nuevamente prófugo por las montañas, no tenía esta vez un refugio cercano, pues tanto Popayán como Antioquia estaban en manos realistas; recuerda entonces que su amigo Céspedes le hablaba de la existencia de un misántropo que vivía en las montañas del Tolima, personaje misterioso según era fama en Bogotá y en busca de albergue se asesora de un guía para encontrarle.

Era en realidad una persona excéntrica llamada José Ruiz, de edada vanzada; en su juventud había sido aficionado a Linneo y conocía a Mutis por su interés a las ciencias naturales; dedicado a la ganadería desde veinte años atrás, tenía su choza no lejos de las nieves perpetuas, donde vivía de espaldas a la civilización entregado por entero al cuidado de sus animales. Al tener noticias del movimiento emancipador, este anciano de luenga barba, había abandonado súbitamente sus pertenencias en busca del ejército patriota, poco antes de la llegada de Caldas, quien encontró abandonada la granja y los animales salvajizados merodeaban en los riscos montañosos (30).

Frustrada esta posibilidad, las solitarias trochas que por la cordillera conducen al Tolima disipaban todo temor de presencia de soldados españoles por esas regiones; trataba de orientarse para tomar una determinación cuando atisbó una caravana de fugitivos bogotanos en dirección a la remota costa por el paso del Quindío, aún no bloqueado por las tropas reales.

Comprendió Caldas que tan solo el mundo marino podía salvarlos y veía lógico, porque la expedición de Morillo inicialmente había tenido como primer objetivo invadir la región del Plata, donde el levantamiento de los criollos fue apoyado por los ingleses, quienes fomentaron la organización de una flota republicana cuyos barcos debían sorprender a los españoles donde quiera: en las costas, en mar abierto o en los ríos navegables; estos navíos destinados a la piratería y las exacciones, navegaban sin propia organización militar merodeando en las costas de las América española.

El consuelo de los prófugos bogotanos era obtener alguna de aquellas fragatas venezolanas que Louis Aury había incautado en Curazao a Luis Brion, capitán naval, llegadas a costas colombianas poco antes de la toma de Cartagena por Morillo, portando prisioneros de guerra y el botín capturado y que navegaban sin bandera especial conforme al derecho internacional de entonces.

Durante la huída en la Mesa de Juan Díaz recibió Caldas noticias de Popayán sobre el gravísimo estado de la salud de su cuñado el doctor Wallis, aquel médico inglés que años antes conociera en las selvas ecuatoriales y que era asistido por un colega y compatriota, John Anford, llegado a la ciudad en el mes de marzo en consecución de recursos para los navíos del capitán William Brown; estas embarcaciones surcaban el Pacífico bajo bandera de Buenos Aires y habían echado anclas en el puerto de Buenaventura (31).

Tales nuevas sugirieron en Caldas la idea de escapar en uno de esos buques, pues una vez a bordo estaría conjurado el peligro; la dificultad era alcanzar la costa del Pacífico, empeño logrado gracias a sus conocimientos geográficos trasmontando la Cordillera Occidental, guiando a sus compañeros de infortunio.

El entusiasmo de los extenuados viajeros se transformó en asombro al contemplar de lejos el mar salvador sin poder divisar las naves; Brown había levado anclas para escapar al patrullaje de la marina española que recorría toda la costa chocoana desde Quibdó hasta Buenaventura limpiando de rebeldes las aguas territoriales.

Solo un punto cardinal quedaba libre para el escape, pensó Caldas: no pudiéndolos salvar el mar, debía ampararlos la selva oriental; la única solución era regresar al interior para penetrar a la región de Timaná, bien conocida por él durante sus penurias juveniles; la ruta era difícil: se trataba de trasmontar dos cordilleras e internarse por fin en el salvaje y selvático territorio del río Caquetá, poco poblado por los indios andaquíes. Según sus cálculos en algún lugar desembocaría este río en el caudaloso Amazonas, y así encontrarían a la postre la bandera protectora de Portugal en el dominio del Brasil (32).

Pero el enemigo declarado no permanecía inactivo: día por día perdían los patriotas sus principales puntos de apoyo en el

valle del Cauca, con lo cual se les cerraba el paso a los ya famélicos fugitivos.

Desesperado piensa Caldas en "Paispamba", la pequeña propiedad rural familiar ubicada en las cercanías de Popayán; alegres recuerdos de su infancia le sugieren la ilusión de buscar en esa tranquila estancia el reposo necesario para forjar nuevos planes de evasión; y hasta allá los conduce la pericia del topógrafo, quien ya tenía bien meditados sus planes: el camino de Popayán a Almaguer presentaba seguras perspectivas para enrumbar hacia los volcanes Puracé y Sotará, o hacia la Sierra Nevada de los Coconucos (33).

La traición frustró nuevamente sus planes; delatada la clandestina presencia del grupo de patriotas en Popayán, Simón Muñoz hizo sitiar la casa de campo durante la noche y obligó a rendirse al pequeño e inerme grupo; todos fueron conducidos a Popayán y encarcelados por orden de Sámano.

Muñoz, nativo mulato con el grado de coronel del ejército realista, era comandante del Patía y en los últimos años de guerra se había distinguido por su comportamiento humanitario; obedecía a su jefe supremo Toribio Montes, presidente de Quito, y conocedor de los méritos de Caldas le quedaba fácil salvarlo de las represalias remitiéndolo a ese país entonces tranquilo y seguro. Sabía Muñoz que su prisionero era muy apreciado como sabio en Quito donde tenía muchos amigos entre los nobles españoles y realistas.

Caldas, con muy alto concepto de la lealtad, conocedor de los benévolos propósitos de Muñoz, rehusó separarse de sus compañeros de infortunio, principalmente de su amigo Ulloa, prefiriendo correr la misma suerte con ellos en Bogotá.

Este noble gesto del ilustre payanés, era tanto más de apreciar, por cuanto Caldas sabía muy bien lo que le esperaba en la capital, donde el "Pacificador" había desencadenado una persecución general a los patriotas, mediante un tribunal de sangre, con diarias ejecuciones de las personalidades más sobresalientes, como en otro tiempo lo hiciera Añaba en los Países Bajos. Por lo tanto le era evidente que correría la misma suerte aciaga de Carbonell, Leyva y muchos otros, conducidos al patíbulo el 19 de junio.

El mismo presidente de Quito, Toribio Montes, trató de rescatar a Caldas del omnímodo poderío de Morillo, sanguinario militar, quien vengaba con la muerte de toda persona que, pasiva o activamente, había cohonestado el sangriento exterminio de españoles decretado por Bolívar.

El presidente de Quito se cuidó de revelar francamente su intención respecto a Caldas, pero envió un emisario con la suma de cuatro mil pesos a Juana Sánchez, residente en Popayán para el soborno de la guardia; la dama cumplió su comisión, pero Caldas, quien debía escapar disfrazado de monje, no dio un paso atrás en su determinación y prosiguió inalterable el viaje a Bogotá con los otros prisioneros.

Pocos días antes de su llegada a la capital sufría Lozano la sentencia de muerte; este noble amigo suyo había salvado la vida a muchos realistas durante los últimos seis años abogando por ellos ante la comisión de seguridad encargada de perseguir y reducir a la impotencia a todas las personas peligrosas o sospechosas para la causa nacionalista. El prudente proceder de Lozano frente al partido español le mereció animadversión y aun el vituperio por parte de sus compañeros de opinión, pero no obstante continuó siempre magnánimo. Si alguien era merecedor de la gratitud de los españoles en la Nueva Granada, era casualmente Jorge Tadeo Lozano, digno, por lo tanto, de un tratamiento clemente, y en esa convicción se enfrentó al enemigo, gallardo y franco.

Pero la cólera y crueldad de Morillo y sus secuaces eran implacables; con la frente en alto compareció ante el Tribunal de Purificación, que le condenó al pago de fuerte suma, pero los jueces militares, recordando los sangrientos sucesos de los últimos años, revocaron la sentencia y le impusieron la pena capital.

El propio Morillo se apersonó del caso de Lozano y antes de dictarse el fallo hizo conocer por bando a los insurgentes —todavía en armas en varios lugares— que Lozano era reconocido como uno de los peores cabecillas rebeldes y que debía morir ignominiosamente.

En el sitio denominado “La Huerta de Jaime”, en Bogotá, en cumplimiento de la sentencia máxima fueron ejecutados con Lozano varios de los más distinguidos ciudadanos, como Crisanto Valenzuela, antiguo secretario de Estado y Miguel Pombo, el 6 de julio de 1816. El protocolo de ejecución declaraba sobre Lo-

zано: "Fue oficial de la guardia española, obtuvo licencia indefinida y fue después uno de los primeros sediciosos que depusieron a las autoridades legítimas; comandó tropas listas a marchar, fue miembro del colegio electoral, presidente de esta provincia como jefe del poder ejecutivo, brigadier en el ejército rebelde, miembro del congreso y autor de muchos escritos subversivos que predicaban la independencia".

Fusilado por la espalda y confiscados sus bienes, nadie pensó siquiera, que debían salvarse para la posteridad las obras científicas de este gallardo revolucionario; la "Fauna cundinamarquesa" tan enriquecida por Lozano, estaba olvidada hacía mucho tiempo.

Poco después compartieron muchos otros ciudadanos ilustres la suerte de este gallardo patriota: José Ayala y Vergara, antiguo compañero de Humboldt, fue fusilado el 13 de agosto; Joaquín Camacho, colaborador de Caldas en la publicación de la primera hoja republicana, el 31 del mismo mes; Sinforoso Mutis estaba gravemente inculpado por su intervención en el Comité de Seguridad, y a pesar de las calumnias se le conmutó la pena capital por destierro y prisión en memoria de su ilustre tío; retenido en Bogotá por el tiempo necesario para terminar el inventario de la Casa Botánica, tuvo que viajar a pie con otros prisioneros como deportado a la fortaleza centroamericana de Omoa. De sus hermanos, José fue condenado por su patriotismo y obligado a empedrar con el sudor de su frente la plaza principal y el atrio de la catedral; Facundo Mutis y Céspedes lograron escapar exponiéndose a implacable persecución que a veces parecía cacería de animales salvajes.

Los fusilamientos se implantaron en muchas otras plazas como Tunja, La Mesa, Ocaña y Popayán, donde dominaba también el Tribunal Militar. En Popayán fue ejecutado el 19 de agosto el químico José María Cabal y en Buga el 3 de septiembre Carlos Montúfar, compañero de viaje de Humboldt y delegado de la Regencia de Cádiz.

Para ejemplarizar y amedrentar a la población el gobierno militar ordenó efectuar en la capital los procesos contra reos de alta traición y como Caldas pertenecía sin duda a ese círculo, fue procesado en Bogotá. La Corte Marcial asignó su defensa a Braulio Molino, oficial del Batallón Tambo, quien hizo todo lo posible por mejorar la suerte de su defendido, en cuyo favor clamaban importantes voces para salvarle la vida (34).

El mismo "reo" imploró clemencia, no por cobardía sino para poder terminar su obra científica. "Tanto de palabra, con serenidad y entereza, ante ese Tribunal de pura forma, como por escrito en una carta dirigida al general Morillo, Caldas hizo presente cuánto importaba al servicio de la nación que se le conservase la vida, aunque fuese temporalmente y aunque fuese encerrado en un castillo y con una cadena al pie, para terminar el arreglo de los trabajos de la Expedición Botánica de que él solo tenía la clave y para completar la coordinación de sus trabajos geográficos y astronómicos, haciendo sobre todo esto súplicas y proposiciones específicas. Algunos de los vocales del consejo fueron conmovidos hasta verter lágrimas por el tono y la sinceridad de sus palabras; pero su comisión no era dictar una sentencia sino cumplir una orden superior. Díjose también que el sanguinario Morillo se inclinaba a perdonarle, pero que su segundo en el mando, el general de marina Enrile, lo desvió de semejante idea" (35).

El abogado español interpuso entonces una solicitud para que se aplazara la ejecución refiriéndose a los trabajos científicos de su defendido, pero Enrile, en calidad de primer ayudante de Morillo, diligenció la petición con esta nota marginal: "Negado. España tiene suficientes sabios". Ante los déspotas resultaba igualmente inútil tanto el memorial del jurista español, como la humillante carta del mártir (36).

Para escarnio a la cultura se le asignó como prisión el Colegio Mayor del Rosario en cuyos claustros resonara enantes su elocuente voz de profesor de matemáticas; el 29 de octubre de 1816 abandonó Caldas por última vez este plantel de educación; no iba, como en sus mejores tiempos rodeado de estudiantes ávidos de su sabiduría, sino vigilado por esbirros sedientos de sangre; no vestía ahora su tradicional casaca, sino atuendo de reo.

Tras breves pasos por la calle solitaria llegó el cortejo a la plazuela de San Francisco; allí, al amparo de la noche, rodeado de dos mil soldados comandados por el coronel Manuel Villavicencio, expiró Caldas a la detonación de los fusiles españoles. Con él murieron por la república y la libertad, Francisco Antonio Ulloa, Miguel Montalvo, el poeta Miguel Buch. El lacónico parte de ejecución decía: "Octubre 29 — Doctor Francisco José de Caldas coronel de ingenieros del ejército rebelde y brigadier del mismo. Fusilado por la espalda. — Se confiscan sus bienes" (37).

En la plazuela de San Francisco se destacan tres templos memorables; la pequeña capilla situada al frente —probablemente la primera casa cristiana de oración construída en el altiplano de Cundinamarca— era el santuario donde en 1816 se les permitía a los religiosos cantar el Miserere antes de las ejecuciones. Frente a este “humilladero” se encuentra la iglesia de Nuestra Señora de la Veracruz, y en su altar mayor el viejo crucifijo de madera —actual Cristo de los Mártires— cuyos pies se les permitía besar a los ajusticiados poco antes de morir. Muy cerca está el templo de La Tercera, con su magnífica torre; como elemental gesto de cristianismo los españoles concedían en ese templo sagrada sepultura a sus sacrificados en fosa común, donde yace Caldas con muchos compatriotas (38).

La noticia del sacrificio de Caldas produjo en el país gran consternación en todas las gentes sensatas, principalmente en su ciudad natal, Popayán, donde el gobernador Juan Sámano había prometido —a fe de caballero— a la anciana dama María Asunción Tenorio, que no correría peligro la vida de su sobrino.

Cuando se conoció la noticia fatal, penetró la distinguida matrona sin formulismo alguno al salón de audiencias del gobernador, a quien apostrofó sin guardar protocolo: “¡Sois un villano! Habéis faltado a vuestra palabra empeñada a una mujer. ¡Por eso merecéis esto!”, exclamó en voz alta propinando tremenda bofetada al grande de España. Nadie osó detenerla, nadie la persiguió ni jamás se le instruyó proceso. Sumidos en el más profundo dolor quedaron los familiares de Caldas, viuda e hijos.

Esta cruenta poda de espíritus rebeldes privó al pueblo, —apenas consciente de su nacionalidad— de todo cuanto significaba virtud y eminencias; al perecer con la muerte de sus más sobresalientes representantes se desvanecieron cual quimera todos los planes futuros; murieron los ideales y con ellos se destruyó la simiente que hubiera germinado en árbol de libertad.

El exterminio era general: los hombres ilustrados que no caían bajo el plomo o en el patíbulo, encontraban lento y lastimero fin en los presidios que Morillo mandó edificar: se cavaban fosas e improvisaban cárceles y agonizaba la ambicionada independencia.



Reliquario hecho por doña María Manuela Barahona, con pelo (cabello) de su esposo el sabio F. J. de Caldas. (Donación de doña María Guarín de Caldas y del Dr. Joaquín Caldas Luna. Museo 20 de Julio.

Para asegurar el aprovisionamiento de las tropas reales, el implantado régimen despótico principió a abrir un camino entre Bogotá y el río Magdalena, accesible para bestias de carga, construído con el sudor y la fatiga del pueblo oprimido, cuyos vestigios de empedrados aún recuerdan la época del terror.

La famosa Casa Botánica y sus pertenencias fue incautada, no tanto como bien de la Corona sino como botín de guerra, pues poco después el comandante de la plaza de Bogotá, hizo notificar públicamente el 24 de junio de 1816 la siguiente subasta: "De orden del general en jefe se avisa a los señores oficiales y demás miembros del ejército real, que mañana tendrá lugar el remate de los efectos embargados en la Casa Botánica, para que si les place, puedan comprar las cosas en subasta".

El resto de libros, instrumentos ópticos, útiles de pintura y escritura, adquiridos tras largos años de ímprobo trabajo fueron malversados.

Las valiosas colecciones de ciencias naturales pertenecientes a la célebre Expedición Botánica se empacaron cuidadosamente de acuerdo con inventarios de Sinforoso Mutis. El nuevo virrey Francisco de Montalvo, encargado del gobierno de Santa Marta el 6 de noviembre de 1816, dispuso sin previa consulta a la Metrópoli y por decreto especial, que todos esos objetos, producto no solo de los esfuerzos de Mutis, sino de todos sus colaboradores criollos, Caldas el primero, le fuesen remitidos con la mayor exactitud (39).

Benedicto Domínguez, aquel amigo fiel de Caldas, poco o nada comprometido en el movimiento revolucionario, quien continuaba como conserje de la Casa Botánica, recibió el 7 de marzo de 1817 la orden de entregar las colecciones a un carpintero, quien las acondicionó en 150 cajas embaladas con cuero de reses. Correspondió a Antonio von Hayen, uno de los ayudantes de Morillo, transportar el tesoro científico de Santa Marta a Europa.

En el Palacio Real de Madrid, el 3 de octubre de 1817 se hizo entrega solemne de este trofeo a Mariano Lagasca, sucesor de Zea en el Jardín Botánico y el profesorado; Lagasca destinó para las colecciones de ciencias naturales 18 cajas referentes a la zoología, la mineralogía y la etnología; las restantes se adjudicaron bajo inventario al Jardín Botánico; de éstas, 60 contenían los herbarios, 12 los dibujos y diseños, 4 los manuscritos,

4 las muestras de clases de maderas, y 8 las de frutas, semillas, raíces y cortezas.

Simón de Rojas Clemente, celoso bibliotecario del Real Jardín Botánico, recibió la relación en el acto de entrega y luego organizó los especímenes en un salón especial. Meses después de la muerte de Caldas hizo pintar sobre el pórtico del salón que albergaba estos tesoros suramericanos, la siguiente inscripción en grandes caracteres: "*Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*".

ACOTACIONES

NOTA—El traductor agradece estas notas marginales a la gentileza del doctor *Alfredo D. Bateman*, miembro de la Academia Colombiana de Historia e ilustre biógrafo de Francisco José de Caldas.

Al Capítulo I

(1) Se desconoce la fecha exacta del nacimiento de Caldas. Comúnmente es aceptada el 4 de octubre por la circunstancia del nombre de Francisco con que fue bautizado, por ser tal día el de la fiesta de San Francisco de Asís. La fecha que trae Schumacher es la del bautismo, según partida que reposa en la catedral de Popayán.

(2) No se ha podido establecer con precisión a qué Escallón se refiere.

(3) Esta versión, por la doble traducción, al alemán primero y al castellano después, es algo diferente de la original que apareció en el "Papel Periódico".

(4) El 21 de octubre de 1788 obtuvo Caldas beca en el Colegio del Rosario.

(5) Esta carta es otra versión del alemán y es algo distinta de la que aparece en el libro de Diego Mendoza de donde la tomó Posada.

(6) En el libro de Posada no se registra esta afirmación de Caldas; allí se lee: "Entonces fue que subí a Guadalupe y tomé el material para el papel que ha visto vuestra merced de la elevación de este cerro".

(7) Los experimentos y mediciones de Poblazón, Las Juntas, Paispamba, etc., fueron hechos luego, calculó su fórmula y solo sirvieron para calcular lo que Caldas llamó el exponente.

(8) También esta carta es diferente en su forma, que no en su contenido a la publicada por Posada, por la doble versión.

(9) No se trata de la famosa placa de Mamatarqui que Caldas encontró refundida en una hacienda, la trajo a Bogotá para ser regresada años después.

(10) Estos monumentos, o mejor, las dos pirámides que se levantaron en los puntos extremos del arco medido por la comisión francesa, dirigida por la Condamine y Bourgeur, fueron destruídas por orden de Felipe V, en atención al reclamo que le hicieron los sabios españoles que acompañaron la expedición, de que su nombre no figuraba en ellas. Juan y Ulloa lo único que obtuvieron fue que se señalaran los sitios de las pirámides, que fueron los que encontró Caldas.

Al Capítulo II

(11) No hay constancia de que Caldas hubiera escrito directamente a Humboldt. Todas las relaciones e informaciones fueron a través de Santiago Arroyo.

(12) Ya quedó expreso de que la placa de la iglesia es diferente a la placa histórica.

(13) Este plan de viaje, fue presentado por Caldas a Mutis el 6 de abril de 1802, después de que Humboldt se negó a llevarlo con él; precisamente le informa de tal negativa y luego le dice: "Con lágrimas en los ojos he formado otro plan de trabajo...".

(14) En la memoria sí hay referencias a Humboldt y Bonpland, como cuando dice: "Tengo alguna práctica en esta clase de trabajo; dentro de poco podríamos tener todo el material para diseñar estos volcanes. El señor Barón ha formado algunas de estas vistas..." y más adelante: "M. Bonpland está asombrado de esta riqueza inagotable".

(15) Caldas no anuncia este plan; simplemente se limita a planear una serie de observaciones barométricas, para comprobar su teoría del hipsómetro en estas rutas, para luego comparar sus resultados a ver si su teoría es general en las diversas latitudes.

(16) "Zoll": antigua unidad de longitud alemana equivalente a la décima o duodécima parte de un pie.

(17) Las cartas de Caldas a Humboldt no aparecen en ninguna recopilación colombiana.

Al Capítulo III

(18) Durante esta época, 1803-1804, Caldas realizó su viaje a Malbucho, en busca de una ruta para un camino que comunicara a Quito con el Océano Pacífico y luego los que relató en sus memorias tituladas: "Viaje al corazón de Barnuevo", "Viajes al Sur de Quito", "Viajes de Paute". Igualmente por ese entonces escribió varias memorias como "Memoria sobre el origen del sistema de medir las montañas y sobre el proyecto de una expedición científica", "Ensayo de una Memoria sobre un nuevo método de medir montañas", "Memoria sobre la nivelación de las plantas que se cultivan en la vecindad del Ecuador" y "Memoria sobre el estado de las Kinas en general y en particular sobre las de Loja".

(19) El nombre del doctor Wallis era Jorge. José María Quijano Wallis en sus "Memorias" relata el encuentro de Caldas al revés, o sea que Wallis era el enfermo y Caldas acudió a darle algunos remedios. La demora de Caldas en Loja fue para acabar de clasificar las quinas.

Fuera de la diferencia de nombre, Wallis no iba preso cuando llegó a Guayaquil, sino que era el médico de una expedición enviada por el rey de Inglaterra que debía recorrer el mundo empezando por el Oriente y terminando en la América; los dos hombres se encontraron en Cuenca y no en Loja; y así no es cierto que viajara en libertad bajo palabra de honor de presentarse en Cartagena, sino que acompañó a Caldas en su regreso a Popayán, alojándose en su casa, y finalmente casó con doña Baltasara, la hermana menor de Caldas, habiéndose dedicado a ejercer su profesión en dicha ciudad donde fue muy querido de las gentes habiendo merecido el dictado de *Padre de los pobres*.

(20) Caldas estuvo en Quito del 19 de diciembre de 1802 al 4 de julio de 1803; regresó nuevamente y salió hacia Santafé el 28 de marzo de 1805. Humboldt salió de Quito el 8 de junio de 1804.

(21) Si bien es cierto que un pleito judicial llevó a Caldas a Quito nada se volvió a decir de esto. Caldas se dedicó por entero a trabajar científicamente y más bien fue al revés; que estos trabajos le hicieron descuidar el pleito.

(22) Caldas viajó a Santafé como incorporado a la Expedición Botánica, de manera que en ese entonces su porvenir no era incierto.

Al Capítulo IV

(23) Debe tratarse de Rizo y no de Ruiz.

Al Capítulo V

(24) Caldas nunca habló de esta conexión, que solo vino a considerarse a mediados del siglo pasado cuando las exploraciones de Trautwine.

(25) Sobre la interpretación dada por la clerecía a las ideas sociológicas de Caldas y de la gratuita posición adversa clerical, no se conoce con anterioridad a la obra de Schumacher ningún documento sobre el particular. Es cierto que Caldas tuvo algunas polémicas, tal como la que sostuvo cuando se le tachó de hereje por haber dicho que determinada publicación lo había sido en papel de Jesús, o cuando el cura de Bucaramanga, Eloy Valenzuela, le criticó algunos de sus trabajos, pero en ningún caso hubo polémica formal contra el clero en sí. Por otra parte, Caldas fue un ferviente católico, y de haber sido cierta cualquier censura eclesiástica, lo más probable es que Caldas la hubiera aceptado y no haberse declarado en rebeldía como lo anota Schumacher.

Al Capítulo VI

(26) Es sabido que Caldas inició sus gestiones matrimoniales por correspondencia desde mucho antes, y contrajo matrimonio por poder el día 13 de mayo de 1810. La consecuencia mayor que tuvo el movimiento del 20 de julio sobre el matrimonio de Caldas, y probablemente sobre su vida conyugal posterior, fue que incumplió repetidas citas con la ya su esposa de ir a encontrar, primero en La Plata, luego en La Mesa, hasta que al fin parece salió a darle la bienvenida y conocerla en Bogotá.

(27) Esta acersión probablemente está tomada de la carta que de Sogamoso dirigió Caldas el 23 de mayo de 1812 a su primo Camilo Torres, presidente del congreso; pero es de anotar que en las cartas anteriores, dirigidas a su esposa, o a Benedicto Domínguez no se quejara de su destinación, aunque sí es cierto criticaba a Nariño, especialmente en aquellas de estilo un poco joco-serio que dirigió a los "Serios Lacedemonios" que parece eran Benedicto Domínguez y Francisco Urquinaona. La carta a Torres no puede tomarse como fiel documento de la manera como Caldas fue enrolado en las tropas de Nariño. Sin desconocer los méritos científicos sobre personas, como lo demuestran sus cartas sobre Humboldt, antes y después de que se negó a admitirlo en su compañía, o sobre Mutis, antes y después de su muerte, especialmente cuando conoció su testamento.

(28) El autor da quizá demasiada importancia a los conocimientos estratégicos de Caldas; debe recordarse sí, que Nariño, en carta fechada el 31 de diciembre de 1812, en el campo de San Diego, se dirigió a Caldas para que sirviera de mediador ante Baraya y para evitar prosiguiera la guerra, pero desgraciadamente la arrogancia de Baraya y el temor difundido de que venía a destruir la ciudad, fueron incentivos poderosos para despertar el entusiasmo y la mayor actividad en la resistencia.

(29) Esta carta no figura en la copilación de Posada.

(30) Ningún biógrafo de Caldas trae la referencia de José Ruiz. Caldas no huyó solitario de Santafé hacia el Occidente, sino que lo hizo con las demás tropas que siguieron ese camino, creyendo encontrar en él la salvación y separándose así de quienes prefirieron la vía de los Llanos y que vinieron a constituir el núcleo que tres años más tarde permitió a Bolívar hacer tremolar para siempre el pabellón tricolor.

(31) Se hace caso omiso de un acto eminentemente humano de Caldas durante su huída, cual fue la carta que con fecha 31 de marzo escribió desde La Mesa de Juan Díaz a su esposa dándole tiernos y religiosos consejos sobre su conducta, cuyo original se conserva en el Museo Valencia de la ciudad de Popayán.

(32) Es discutible que Caldas pensara buscar la vía del Caquetá con rumbo a los Llanos Orientales. Al no serle posible seguir la ruta hacia Buenaventura no hay documento que pruebe que llegó hasta el puerto, siguió a Popayán, la cual estaba libre y donde permaneció hasta que se conoció la infausta nueva de la derrota de la Cuchilla del Tambo, acaecida el 29 de junio la cual puso la ciudad de Popayán a disposición del vencedor Sámano.

(33) Caldas trató de ocultarse en la hacienda de Paispamba, que había sido testigo de sus primeros trabajos, donde fue arrestado con otros patriotas que lo acompañaban, por el jefe patiano Simón Muñoz. Si bien es cierto que Muñoz trató de hacer pasar a Caldas a Quito, para entregarlo a don Toribio Montes, cuyos principios de humanidad hacían esperar su salvación, oferta que Caldas no aceptó por no incluir a sus compañeros; ignoro el origen de la afirmación que trae Schumacher de que el mismo Montes envió cuatro mil pesos a Juana Sánchez, residente en Popayán, para el soborno de la guardia.

(34) En cuanto a la manera como se relata el juicio de Caldas estoy en total desacuerdo con Schumacher. El defensor de Caldas, que lo fue de oficio, fue el oficial del batallón Tambo, Braulio Molino. Es bien sabido que los defensores en los juicios ante el tribunal o consejo de guerra permanente, eran tan solo una pantomima. Henao y Arrubla dice en su *Historia extensa de Colombia*: "...el supuesto reo recibía el proceso con el término de 24 horas, por medio del llamado *defensor*, oficio desempeñado por un oficial español, que en muchos casos se tornaba en otro fiscal o acusador; al acusado no se le permitía levantar pruebas, y a mucho acusado no se le dejaba conferenciar con su defensor". De manera que la afirmación de que el abogado español interpuso una solicitud para que se dilatará el juicio, no tiene asidero alguno. Caldas fue juzgado sumariamente en el consejo de guerra en la tarde del 28 de octubre, y como resultado de tal juicio fue condenado a muerte, habiéndose notificado la sentencia esa misma tarde y pasado a capilla para ser ajusticiado al día siguiente, como en efecto lo fue.

(35) Cuando Caldas venía preso hacia Bogotá, desde La Mesa de Juan Díaz, con fecha 22 de octubre escribió a Enrile, haciéndole un recuento de sus trabajos científicos y ofreciendo sus servicios al rey en caso de ser atendido en su petición. Mucho se ha discutido y debatido sobre esta carta. Plumas autorizadas como las de Jorge Alvarez Lleras, Luis Augusto Cuervo, Eduardo Posada y otros han comentado esta carta y le han hallado explicación. Pero contra la creencia general, Enrile sí le prestó atención, porque el 28 de octubre, antes del juicio, una comisión de oficiales españoles se hicieron presentes en el Colegio del Rosario donde Caldas estaba preso para que "aclare las ideas e importantes descubrimientos que expresa conservar en su espíritu, según la carta que con fecha 22 del presente dirigió al señor general jefe del Estado Mayor don Pascual Enrile".

Quizá por las circunstancias del momento, por el temor de las consecuencias que pudieran tener sus palabras, es lo cierto que en esta declaración estuvo Caldas muy pobre y no pudo hacer las aclaraciones ni describir los importantes descubrimientos que había ofrecido. Esta declaración fue publicada por vez primera en la revista española "España y América en el número de septiembre d 1916.

(36) La historia de Colombia registra como frase atribuída a Enrile: "España no necesita de sabios", que es más rotunda que la que trae Schumacher; considero que sea una copia o plagio de la frase que corrió durante la revolución francesa cuando se pidió gracia para la vida de Lavoisier. Probablemente se originó en los apuntes biográficos escritos por José María Salazar en la "Gaceta de Bogotá", que se reproducen en el citado número del "Papel Periódico Ilustrado", que termina así: "Pero Morillo, semejante al bárbaro que quemó la biblioteca de Alejandría, no podía perdonar a los sabios, en cuyo sentido Caldas era un gran criminal. Pagó él con su sangre este delito inexcusable en un americano, negándosele el tiempo, como a Lavoisier y Bailly, de dejar a la humanidad el precioso legado de sus descubrimientos".

(37) Villavicencio era ese día comandante del Batallón Tambo, pero el pelotón de ejecución fue comandado por Antonio Hidalgo, de Quito, que había firmado los testamentos de Caldas y de Buch, y quien por una ironía

de la suerte murió fusilado, en octubre de 1819, en asocio de Barreiro y demás vecinos de Boyacá, por orden del general Francisco de Paula Santander.

(38) El 21 de octubre de 1904 fueron hallados y exhumados de la iglesia de la Veracruz, de Bogotá, los restos de Caldas, lo mismo que los de sus compañeros de martirio don Francisco Antonio Ulloa, don Miguel Montalvo y don Miguel Buch (alemán). Trasladados a Popayán, después de una escrupulosa identificación, se recibieron en esta ciudad el 26 de febrero de 1905 y fueron depositados en una cripta preparada al efecto en la iglesia de San José, entonces catedral, en la noche del 27. El homenaje que con tal motivo tributó Popayán a la memoria de Caldas revistió tal solemnidad, que difícilmente podrá superarse: era la apoteosis que la madre rendía a su hijo eximio y mártir. (Véase "La Paz", director Clodomiro Paz Diago, número 1º de 31 de diciembre de 1904 y 10º y 11º de 4 de marzo de 1905.

Don Clodomiro Paz Diago (1875-1941), padre del traductor, en su libro *Efemérides payanesas* escribió la siguiente reseña sobre "Celebración en Popayán del centenario de los mártires, Caldas, Ulloa, Montalvo y Buch": "Con el propósito de celebrar dignamente el centenario de los mártires del 29 de octubre de 1816, la prensa de la ciudad constituyó un centro directivo de los festejos, compuesto por destacadas damas de la sociedad, el cual quedó constituido así: Carolina Olano por "Popayán", Jesusita Velasco por "Lira Roja", Herminia Aragón por "El Colombiano", Carmen Elvira Arroyo por "La Unión Conservadora", Lola Villamil por "El Cauca Liberal", "Ecos del Pueblo" y "Croquis", Carmelita González por "El Fígaro", María L. Quijano por "La Espiga", Jesusita Salazar por "Santander", Elisa Otero por "Cinta Roja", Tulia Constaín por "Opiniones", María Aragón por "Iris", Julia Suárez por "La Orientación", Elena Fernández de Córdoba por "El Obrero", María Josefa Chaux por "El Trabajo".

Según el programa, la víspera se consagró a recordar en los establecimientos de educación, el día terrible del martirio de los cuatro ajusticiados.

Por la tarde, en medio de gran concurso, fueron trasladados los restos de los mártires, de la iglesia de San José a la catedral Metropolitana. Los alumnos de la Universidad y de la Escuela Normal alternaron durante la noche para hacer la guardia de honor.

En el curso del día siguiente fue relevada por oficiales del Regimiento Junín. Enflorada con el pabellón tricolor amaneció la ciudad el día 29. A las ocho y media de la mañana principiaron los oficios fúnebres en la catedral, en donde se levantó un templete muy bien adornado y en cuyo centro se colocó la urna cineraria con innumerables coronas y tarjetas de los poderes públicos, de los departamentos, de los municipios, de las academias, de los colegios y escuelas, de la prensa, de los hijos ausentes de Popayán y de gran número de los presentes.

Terminada la ceremonia, ocupó la cátedra sagrada el reverendo padre doctor Dionisio Saavedra, quien se desempeñó admirablemente.

El concejo municipal celebró a la una de la tarde sesión solemne extraordinaria, a la que asistieron todas las autoridades y un núcleo escogido de la sociedad. Después de la lectura y aprobación del acta de la sesión anterior y de muchas comunicaciones en que se hacían presentes a los actos de este centenario, varias entidades y particulares, fue aprobada unánimemente una proposición en homenaje a los mártires Caldas, Ulloa, Montalvo y Buch.

Por la tarde, a las cinco y media, numeroso concurso de caballeros acompañó a las autoridades en la conducción a la cripta de las preciosas reliquias de los mártires y se firmó por todos los presentes la correspondiente acta de inhumación.

A las siete de la noche gran velada en el paraninfo de la Universidad: la banda militar inició el acto con la cavatina de *Sonámbula*. En seguida las notas del himno nacional, cantado por las señoritas Lucila Díez, Leonor Velasco, Lucrecia F. de Córdoba, Mercedes Uribe, María Luisa Nates, Ana María Olano, Margarita Díez y Leonor Fajardo, alumnas de la Escuela de Pintura. En representación del profesorado de la Universidad, don Genaro A. Muñoz pronunció un bello discurso sobre la tradición. Se dio lectura al fallo del jurado sobre las composiciones presentadas al concurso abierto por la prensa. El jurado, compuesto por los señores Guillermo Valencia, Joaquín Rebolledo y Francisco E. Diago, declaró vencedor al doctor Francisco José Chaux, quien subió a la tribuna y leyó su composición "Voz del pasado". Rafael Maya también fue condecorado con una medalla discernida a la composición en verso "Mártires", una serie de siete sonetos de corte admirable. Luego el ilustre Valencia declamó primero sus sonetos "Torres" y "Caldas" y en seguida "Alma Mater". Por último los representantes de la prensa obsequiaron al maestro un ramo de flores, acompañado del canto "A Popayán", escrito en pergamino".

(39) Morillo comisionó a Enrile para preparar el envío, el cual subcomisionó al oficial Rafael Sevilla, quien estuvo asesorado en esta labor por Sinforoso Mutis, Francisco Javier Mutis y Benedicto Domínguez.